

motivo de realización personal, de progreso, de madurez humana; pero también de identificación con la causa independendista, en condiciones históricas difíciles para América Latina y para Cuba (riesgo del arbitraje de los Estados Unidos, de traición por intereses personales, de guerra inminente por la independencia), donde el verso cumple una función catártica: «verso amigo» (...) «única arma, cargada de futuro» (p. 227).

El estudio culmina con una cronología sucinta y un capítulo final bibliográfico de estudios sobre Martí, publicados en los años 1994 y 1995.

Se le podría señalar a Esteban que su lectura de Martí puede estar un poco adherida a los cánones de la modernidad, en la búsqueda de lo esencial, lo verdadero, los valores universales, en la concepción de la naturaleza como modelo, o en la concepción evolucionista teleológica hacia un estado de perfección; sin embargo, la enfatización de la importancia de Martí en el contexto político y discursivo de Latinoamérica, cumple con el objetivo de conmemoración, para lo cual realizó su estudio.

Silvia Donoso

La vida amorosa en la época de los trovadores*

Nos sitúa en un mundo de cruzados y catedrales pero este es un libro rebotante de sensualidad,

donde caben todas las facetas del amor y también del erotismo.

A la luz multicolor de unas vidrieras y trasladándonos a tiempos en que la mujer es una propiedad más del señor feudal, asistimos a su transformación —felicidad transformación— de esclava en dama. Es La Señora, Nôtre Dame, Nuestra Dama, que se hace terrena. «Lejanísima», «Hermosa Mirada», «Dulce Enemiga», «Consuelo» o «Loco Amor» gritarían las misteriosas enseñas flotando al viento en los torneos.

Dama principal, amada en silencio. Inaccesible dama que cuando otorga algo más que una mirada, dosifica, paralelamente con sus gracias, objetos personales en prenda. Simbólico y concreto reconocimiento a la entrega sin límites del enamorado. Leonor de Aquitania, la reina de los trovadores, supo hacer públicos con gran donaire esos secretos intercambios.

Cruzando murallas y puentes levadizos, entre maridos celosos y un sinfín de aduladores, tras reconfortantes lecturas y partidas de ajedrez interrumpidas por el toque del *Angelus*, el espíritu femenino que no ha querido tomar como morada el cuerpo de las nuevas abadesas; ese espíritu que descansa de la aguja y de la rueca; ese espíritu hastiado de la clausura de sus lujosos aposentos suspende los rezos, y por góticas ventanas de ojiva escapa al infinito.

Tiene los ojos deslumbrados, pero su vuelo no es errático, sabe con certeza adónde va porque el latido del amor señala su rumbo. Y el amor no se equivoca: en algún jardín de madreselvas fragantes, sombra fresca y alegres fuentes, el trovador, superados los pasos de su iniciación, vencida la angustia de la eterna espera y la lenta entrega de los dones soñados, aguarda, en figura tangible, a *mi-dons, si-dons*, su señora. La única. Su dama, y sobre todo, su amiga.

Y ella llega, fiel a una cita concertada en lo alto, como la luna con la noche. Ante el encuentro mitad adulterio, mitad inocencia, la luna, ante esa cita, tal vez pecado tal vez redención, sabia y generosa, cierra sus párpados de nácar.

Se hace necesario un tiempo sereno que nos permita disfrutar del clima de estas páginas.

* José María Bermejo: *La vida amorosa en la época de los trovadores*. Edit. Temas de Hoy, Madrid 1996.

Arriba, en el castillo de los señores el escenario es suntuoso. Amplias estancias, tapices, ricos tejidos, grandes almohadones y recogidas alcobas de doseles y pluma.

Desde una torre se oye llorar un laúd. Tras los gruesos muros hay soledades oscuras, también risas y danzas. Los aromas de las viandas se desprenden de la vajilla de oro mientras parece oírse al aterciopelado vino rojinegro caer pesadamente en cálices de plata.

Hacia los techos sombríos de humo las notas del arpa ascienden bulliciosas y felices.

A la luz de las antorchas, los ojos y los ánimos también se encienden, e inevitables como los susurros surgen los celos. El rey Al Mutámid, poeta enamorado, es celoso hasta de sus propias líneas:

«He tenido celos de mi esquila de amor porque le ha sido dado ver tu rostro resplandeciente. ¡Ah, cómo he deseado que mi cuerpo fuera la propia esquila; entonces hubiera sido mirado por tus ojos hechiceros!»

También por celos se conocen los motivos que impiden un encuentro: «la luz de su frente, el tintineo de sus joyas y el ámbar oloroso que se exhala de su cuerpo escondido bajo el manto».

Hubo califas rubios que amaron a rubias, sufriendo, dichosos, «de esa dolencia deliciosa, de ese mal apetecible» mientras del frufú de las sedas se expandía olor de violeta. De madres a hijas se transmiten secretos de belleza, mientras de Oriente llega, especiada, para macerar rosas y junquillos y hacerse tacto húmedo y volátil, la esencia misma de la seducción.

Nos recuerda el autor que en *El escarmiento de las damas*, Robert de Blois, a la vez que recomienda perfumar el aliento con anís, hinojo y cominos, aconseja a las señoras del semblante blanco y blancas manos «que no se dejen acariciar los pechos por cualquiera, ni siquiera sobre la ropa».

«El amor es el texto, la dama es el pretexto». En la musicalidad de los fragmentos escogidos y en su propia armonía ensayística y creativa, José María Bermejo nos presenta el amor en todos sus matices.

Sumadas a las previsibles preocupaciones cotidianas, aquellas buenas gentes del siglo XII se demoraban en planteos como:

¿Puede darse el amor entre esposos?

o
¿Qué es preferible, beber, cantar y reír
o llorar, amar y padecer?»

Rescata deliciosos y hartos difíciles asuntos sometidos a estos tan particulares sanedrines femeninos:

Una dama mira a un hombre con amor; estrecha un poco la mano de otro; aprieta, riendo el pie de un tercero... ¿cuál es el amado?

Infalibles, adorables *Tribunales de Amor* donde algún asistente judicial pudo obtener el más que envidiable título de «Vicario de amor en el distrito de la hermosura».

Se ama sin reservas, incluso hay rendidos enamorados que no conocen a su amor. Canta el desdichado Jaufré Rudel, príncipe de Blaia:

Tengo una amiga pero no sé quién es, pues jamás a fe mía la vi... y mucho la amo...

Posteriormente Don Quijote, tras infinitas alabanzas, diría lo mismo de Dulcinea.

En este vaivén de sentimientos auténticos y destinatarios impalpables, aparece quien, ya por fin cerca de su amada, no resiste ver la orla de su vestido, al tiempo que flota en el aire el erotismo más candente.

Aparecen las altas damas que compartieron con los trovadores ese poético desborde del sentido.

Por ejemplo, Dame H., una trovadora, con total claridad recomienda:

... él no se suma al número de pretendientes vergonzosos, mudos y pusilánimes... porque ninguna dama se fiaría de un amante que renuncia a la obra viril

Una muchacha junto a quien durmiera un caballero respetuoso en exceso, tanto que no se atrevió siquiera a insinuar una delicada caricia por no despertarla, le reprocha:

¡Que Dios te maldiga... no soy ningún jabalí salvaje...!

Por entonces no se resumía el juego amoroso en ojos lánguidos y besos furtivos. Previendo cualquier exceso de amor platónico, otra voz femenina canta en una jarra mozárabe:

No te amaré sino con la condición de que juntes mi ajorca del tobillo con mis pendientes

El orden se altera. Entre seductor y seducida, es ella la de mirada dura como estilete. Ciego en su delirio, embriagado en su congoja, el poeta valenciano Aben Labbana cantaba:

Mi corazón está lleno de dulzura hacia aquella que me maltrata

Cruelles, frío desdén en la palabra y en el gesto, hermosas damas esquivas, pero tan bellas que el penar por su amor se hace deleite... Según cita Bermejo, diría más tarde Spenser, ellas tienen «labios como cerezas que a los hombres deleita morder».

En el tormento del recuerdo, lejos del cuerpo adorado, se lamenta Guion de Dijon:

De noche, cuando me apremia su amor, estrecho contra mi carne desnuda la camisa que ella una vez vistió y que me envió para que la besara.

Trovadores y cátaros, muchos de ellos ambas cosas a la vez, coinciden, en la primavera de la edad medieval, con los udriés. Comparten, con las leyes de la caballería y aquellos árabes soñadores, ese sentimiento desbordado hasta lo imprevisible. Ese sentimiento hecho desvarío y locura: el morir de amor.

La noche es cruel en su brevedad, y tras el calor de los ritos nocturnos llega la luz helada de la aurora.

La dama lleva joyas... Talismanes, «veneno y contraveneno de seducción». Y mientras se enfrían las alhajas con el rocío del amanecer, los amantes abrazados, como en un óleo sonoro, se inquietan, intrigados ante el canto de un ave.

Hubo quien supo ponerse a resguardo de tanta pasión arrebatada: Peire Cardenal pone su aguda sátira y lo dice así:

Ahora puedo estar satisfecho de Amor, que no me quita el comer ni el dormir, ni por él siento frío ni calor, ni bostezo ni suspiro, ni ando errabundo de noche, ni doy conquistado ni apremiado, ni estoy triste ni afligido, ni alquilo a mensajero, ni soy traicionado ni engañado, pues me he separado de él con mis dados.

Tengo un placer mayor, pues no traiciono ni hago traicionar, ni temo a traidora ni a traidor, ni que feroz celoso me odie, ni rindo necio vasallaje, ni soy herido ni derribado, ni soy preso ni robado, ni hago larga espera, ni digo que soy forzado por amor, ni digo que mi corazón ha sido hurtado.

Ni digo que muero por la más gentil, ni digo que la hermosa me hace languidecer, ni le ruego ni la adoro, ni la requiero ni la deseo; ni le presto homenaje, ni me entrego ni me he dado a ella, ni soy su servidor, ni tiene mi corazón en prenda, ni soy su preso ni su atado, sino que digo que me he escapado de ella...

Entre almibarados besos y palabras burlonas, han transcurrido varios siglos. Desde los remotos días que encierran estas páginas, los amores, siempre vigentes, agonizan y se renuevan, nacen, y se convierten en amistad o mentira. Son dicha, ternura y lágrima, estremecimiento y sonrisa. A veces, sólo un recuerdo. Una canción o un poema.

De esta *Vida amorosa en la época de los trovadores* nos quedan muchos testimonios. Datos fieles e historias concretas que el autor ha recogido con un ejemplar rigor.

De esta exaltación de los sentimientos y los sentidos también nos quedan, si supiéramos, o si quisiéramos hacerlas nuestras, muchas recetas.

Tal vez, amar con locura. Vivir con locura. Amar el vivir con locura, es decir, intensamente. Y que ese «Eros», generoso manantial de vida, exorcise, cada día de esa misma vida, las horas negras del desánimo y del dolor.

Amar el vivir. Y si fuera posible, si no fuera tan difícil, si no fuera demasiada exigencia, amar el vivir con serena confianza en lo que vendrá, porque después de todo, como bien escribe Bermejo,

Siempre es ella, la Dama del Destino, la que mueve los hilos de la trama..., como tormento o como gracia.

Cristina Bosco

El cielo inalcanzable

En el panorama actual de la novela española la presencia de Antonio Rodríguez Jiménez es, al menos, un referente que hay que tener en cuenta a la hora de revi-